



El Gran Diálogo sobre la Gracia Común

Mariano Rivas Lopez



Al salir de su clase de teología, cuatro entrañables compañeros peruanos mayores de cuarenta años se detienen a reflexionar sobre la lección del día. Carmen rompe el silencio preguntando si las personas no cristianas, como su bondadoso y moralista jefe, pueden ser salvadas solo por sus buenas acciones. Elva, Janeth y Mariano intercambian miradas intrigadas mientras caminan hacia un parque cercano, cuestionándose qué es exactamente la gracia común y cómo opera en quienes no profesan la fe.



Aparecen las caricaturas de Agustín de Hipona y Pelagio debatiendo apasionadamente bajo la sombra de un olivo. Agustín explica a Janeth y Mariano que el simple hecho de existir, razonar y hacer el bien externo es un regalo divinamente otorgado a todos los hombres desde la Creación, aunque aclara que tales virtudes carecen de valor redentor sin la fe o el amor a Dios. Pelagio insiste tozudamente en que la voluntad humana es completamente capaz de alcanzar la virtud sin necesidad de una gracia innata.



Un teólogo anabaptista se suma a la conversación con un tono firme ante Carmen y Elva. El anabaptista argumenta que existe una separación radical entre el reino de Dios y el mundo secular, cuestionando si la cultura civil tiene algún valor divino. Mariano contrapone sus ideas preguntando si el orden social y las leyes de los no creyentes no demuestran un propósito benevolente de Dios para preservar a la humanidad del caos moral.



En un rincón iluminado por antorchas, un teólogo sociniano expone su punto de vista a Janeth y Carmen negando la naturaleza corrupta del ser humano y reduciendo la gracia a un mero ejemplo ético. Janeth le responde recordando las Escrituras sobre la fragilidad del corazón humano, destacando cómo Dios en su soberana misericordia frena el avance de la maldad en la sociedad a través de virtudes generales.



Martín Lutero aparece sonriente sosteniendo su traducción de la Biblia mientras dialoga animadamente con Elva y Mariano. El reformador explica la doctrina de los dos reinos, señalando que Dios gobierna el mundo terrenal concediendo sabiduría y justicia civil a creyentes y no creyentes por igual. Elva comprende entusiasmada que la integridad de su jefe es una muestra de la bondad providencial de Dios en el reino terrenal.



Ulrico Zwinglio se une al grupo en un entorno alpino ilustrado para conversar con Carmen y Janeth sobre la providencia divina. Zwinglio afirma que la gracia soberana de Dios se manifiesta en toda la creación, concediendo destellos de verdad, filosofía y rectitud cívica incluso a mentes ajenas a la fe. Carmen reflexiona sobre cómo la sabiduría y la belleza del mundo provienen de una misma fuente celestial.



Juan Calvino sostiene un libro abierto ante Mariano y Janeth expresando con claridad el papel del Espíritu Santo en la humanidad caída. Calvino enseña que la gracia común frena la corrupción total del hombre, haciendo posible el desarrollo de las ciencias, el arte, las leyes y el bienestar social para la gloria de Dios. Janeth anota emocionada la distinción entre esta gracia preservadora y la gracia especial que conduce a la salvación.



Karl Barth dialoga serenamente con Elva y Carmen expresando su cautela frente a cualquier intento de equiparar la gracia común con la revelación general. Barth enfatiza energicamente que toda verdadera gracia de Dios está única y exclusivamente concentrada en la persona y obra de Jesucristo. Elva debate amablemente destacando la importancia de reconocer la generosidad de Dios en las bendiciones cotidianas que disfrutan todos los seres humanos.



Abraham Kuyper y Herman Bavinck se presentan juntos rodeados de libros académicos conversando con Mariano y Carmen. Kuyper proclama su famosa convicción de que no hay un solo centímetro cuadrado del universo sobre el cual Cristo no reclame soberanía, mientras Bavinck detalla cómo la gracia común preserva al mundo de la ruina y promueve la cultura. Mariano comprende con claridad el alcance del proyecto divino en la historia humana.



El autor Darrow Miller concluye el recorrido junto a Carmen, Elva, Janeth y Mariano animándolos a transformar sus comunidades mediante una cosmovisión bíblica integral. Los cuatro amigos peruanos sonríen fortalecidos al entender que, aunque la rectitud del jefe de Carmen refleja la gracia común de Dios, la salvación eterna solo se obtiene mediante la gracia redentora dada por la fe en Cristo.